

La Pluma

REVISTA CULTURAL 2.ª EPOCA SEP.-OCT. 1980 N.º 2 300 PTAS.

LUCIANO RINCON. CULTURA Y AUTONOMIA.
J. MARCO. CULT. Y AUTONOMIA EN CATALUNA.
VAZ DESOTO. CULT. ANDALUZA Y AUTONOMIA.
J. YE. LAVAUD. VALLE-INCLAN Y "LA PLUMA".
JUAN GELMAN. COMENTARIOS.
ABDEL-WAHHAB AL-BAYATI. POEMAS DE AMOR.
MANUEL LLUNA. MOTES Y APODOS.



EX LIBRIS



MIGUEL ÁNGEL
HENRIQUEZ SOLÍS

La Pluma

REVISTA CULTURAL 2.ª EPOCA SEP.-OCT. 1980 N.º 2 300 PTAS.

LUCIANO RINCON. CULTURA Y AUTONOMIA.
J. MARCO. CULT. Y AUTONOMIA EN CATALUÑA.
VAZ DE SOTO. CULT. ANDALUZA Y AUTONOMIA.
J. Y E. LAVAUD. VALLE-INCLAN Y "LA PLUMA".
JUAN GELMAN. COMENTARIOS.
ABDEL-WAHAB AL-BAYATI. POEMAS DE AMOR.
MANUEL LUNA. MOTES Y APODOS.



Consejo de dirección:

Jorge Guillén (*Presidente de honor*), Cristina Alberdi,
Santiago Amón, José Luis Cano, Eduardo Galeano,
Manuel M. Azaña y Julio Vélez (*Coordinador*)

Director periodista:

Ana Martín Pintado

Secretaría de Redacción:

Amalia M. Azaña

Diseño y maquetación:

El Cubri

Consejo editorial:

Manuel M. Azaña, Luis Martínez Ros y Julio Vélez

Asesores y colaboradores:

Hammadi Abdallah, José Antonio Alcocer,
Francisco Aliaga, Miguel Angel Almodóvar,
José Antonio Alonso, Manuel Andújar, Leopoldo Azancot,
M. Benavides, Angel Berenguer, J. M. Caballero Bonald,
Julio Caro Baroja, Diego Catalán, Alicia Cid, Antonio Cid,
Rafael de Cozar, Humberto da Cruz, Ricardo Domenech,
Joaquín Estefanía, Fernando Esteve, Antonio Ferres,
Darío Fo, Alberto Gil Novales, Alfonso Grosso,
Juan Haro, Antonio Hernández, Fernando Quiñones,
Marina Fernández Lagunilla, Eliane Lavaud,
Manuel Luna, Federico Martín Medras,
José Martín Elizondo, Rogelio Martínez, Antonio Merino,
Rosa Montero, Alberto Moreno,
Juan José Ordóñez Fernández, Antonio Parra,
Dieter Prokop, Carlos Rama, Julio Rodríguez Puértolas,
Ibon Sarasola, Fernando Savater, Herbert J. Schiller,
Manuel Tuñón de Lara, José María Vaz de Soto,
Ricardo Zamorano, etc...

Redacción: Carmen, 9. Teléfono 222 14 66. Madrid-13

Suscripciones y administración: EDITORIAL NUESTRA
CULTURA. Pinilla del Valle, 1. Teléf. 262 02 48. Madrid-2

Edita: TICSА. Carmen, 9. Madrid-13

Depósito legal: M. 17.304-1980

Fotocomposición: Fernández Ciudad

Impresión: GREFOL, S. A. Móstoles (Madrid)

Impresión de la cubierta: Serigrafía J. L. Rex

Dibujo de cubierta: Antón Patiño.

SUMARIO NUM. 2

Editorial	5
Dossier: Autonomías y Culturas autónomas (I)	
Cultura Vasca y Autonomía en Euskadi <i>Luciano Rincón. Ilustraciones de Antón Patiño.</i>	7
Cultura y Autonomía en Cataluña <i>Joaquín Marco. Ilustraciones de Antón Patiño.</i>	14
Cultura andaluza y Autonomía <i>José M.ª Vaz de Soto. Ilustraciones de Antón Patiño.</i>	28
Ideas	
Valle-Inclán y «La Pluma» <i>Jean Marie y Eliane Lavaud. Ilustraciones de Paco Leal.</i>	35
«Holocausto»: Signos de felicidad y destrucción (y 2) <i>Dieter Prokop. Ilustraciones de Paco Leal.</i>	46
Creación	
La caída de la estrella <i>José Manuel Gutiérrez Sousa. Ilustraciones de Paco Leal.</i>	55
Triángulo neumático <i>Angel García Pintado. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.</i>	62
Comentarios <i>Juan Gelman. Ilustraciones de Paco Leal.</i>	75
Poemas de amor <i>Abdel-Wahhab Al-Bayati. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.</i>	84
Testimonio	
Motes y apodos (a la búsqueda de las señas de identidad) <i>Manuel Luna Samperio. Ilustraciones de Luis Pérez Ortiz.</i>	97
De un plumazo	111
Crítica	
Joni Mitchel: suma y sigue <i>Fernando Esteve. Ilustraciones de El Cubri.</i>	114
Situación del cine español (1) <i>Julián Marcos.</i>	117
Desde el otoño se canta a la primavera <i>Elena de Jongh. Ilustraciones de F. García Lorca.</i>	119
Manuel Azaña y la «Velada en Benicarló» <i>M. M. A. Luis Pérez Ortiz.</i>	125
Boletín bibliográfico de la librería «La Pluma»	129

LA PLUMA no se identifica necesariamente con las opiniones de los artículos firmados, que pertenecen a la responsabilidad de sus autores. De igual manera la Revista no mantendrá correspondencia sobre aquellos artículos que no hayan sido previamente solicitados.

Hablar de independencia en el seno de una sociedad marcadamente dependiente, podría, amén de ser una falacia, alimentar con mucho el aire del globo de la utopía. Sin embargo, los que hacemos LA PLUMA somos utópicos, es decir, independientes de bancos, grupos financieros, gobiernos, partidos... Nuestra independencia es tan grande, que sólo dependemos de la ilusión de que vosotros y nosotros seamos capaces de hacer una revista utópica donde la imaginación sea ayer.

(Diversos motivos en cuanto a la legalización de la Revista, impidieron que el número 1 saliera en la fecha indicada en portada, es decir, los meses de mayo-junio. Dado que ésta ya estaba tirada con esas fechas el presente número, en efecto correspondiente a setiembre-octubre, es el 2, por lo que los duendes de los almanaques nos roban los meses de julio y agosto.)

EDITORIAL

«Todo lo hermoso es difícil.»

Paul Valery

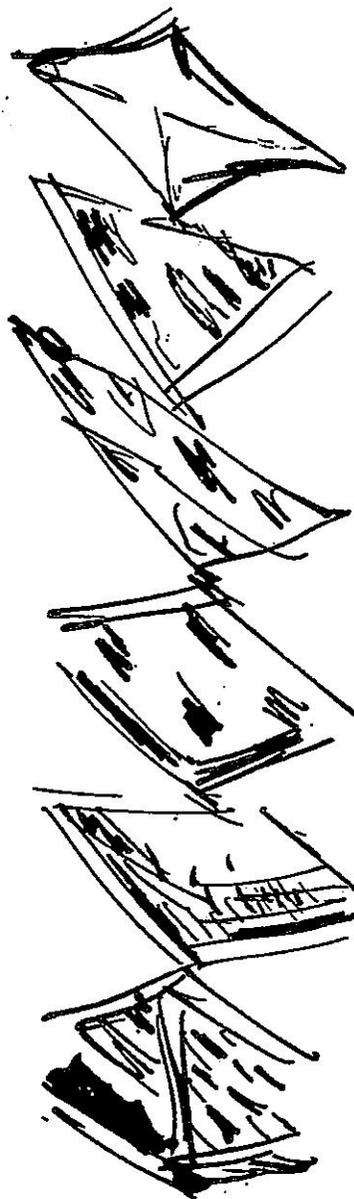
Digámoslo desde el principio: la cultura es universal; pero digamos también que es de un tiempo y de un espacio. Una extraña, compleja y maravillosa fusión de cordura y extrañamiento, de neurosis y catarsis, de sentimiento y raciocinio.

Digámoslo: la cultura tiene base de barro, cabeza pletórica de utopías y corazón habitado por lo desconocido y lo humano. Pero digamos también que es una industria, que «Grease» y «Saturday Nigth Fever», en manos de Gulf & Western, supusieron el lanzamiento de la moda «disco», que «Supermán» fue acompañado de universales productos relacionados con él, que una misma película visionada en casa cuesta mil veces menos que en un cine, que el 15 por 100 de los británicos van una vez al año a los teatros, mientras que el 60 por 100 asiste regularmente en su casa a representaciones, que en Suecia se han quintuplicado los presupuestos de los museos, mientras los visitantes apenas si han aumentado.

Digamos que estamos inmersos en una crisis de civilización, que las cuatro paredes de una casa —hasta ahora habitáculos para la comunicación— pueden convertirse en la caja de resonancia del hedonismo individual, que el miedo, la insolidaridad y la incomunicación, están encontrando refugio en nuestros hábitos, que la esencia humana ha sido dardeada

cultural significa no tanto una administración autónoma de la cultura como una administración de la cultura autónoma. Y esto segundo exige, si bien exigir es verbo demasiado perentorio en un Estado y tiempo ya de por sí excesivamente perentorios, una aclaración tan extensa como profunda de cuál sea esa cultura autónoma, de en dónde, cómo y por qué se deslinda de la cultura recibida o impuesta desde otras culturas, y cuáles son las relaciones e influencias mutuas; datos importantes para que el resultado sea cultura y no un arma cultural con otras intenciones finales. Porque si una de las posibles definiciones de cultura es la de elemento enriquecedor de la capacidad intelectual del individuo y de su entorno, una intención extracultural —política, por ejemplo— puede empobrecerlo y empobrecérselo; reducirle su propia imagen, que pretende explorar con los medios a su alcance, a la imagen sugerida por el poder a través de los medios que el poder le proporciona.

Por mi territorio, y por mi voluntad de asumirlo, el ámbito cultural al que quiero y puedo referirme con más datos es a Euskadi. Digo puedo y quiero porque si la pertenencia a un territorio va dada por elementos tan objetivos como la residencia física, esto apenas significa nada si no se produce una condición tan subjetiva como es la de la propia decisión de pertenencia. Pues bien, la comunidad vasca pasa, con la autonomía, a administrar su cultura. ¿Su cultura vasca o la cultura del Estado? Esta pregunta, que abre unos cuantos desarrollos posibles y diferentes a nuestro futuro cultural, plantea ya dudas tales como si la comunidad vasca además de poder administrar cultura va también a poder crearla; porque poder, además de autorización, se refiere a medios. Si toda la cultura creada hasta ahora en Euskadi es cultura



vasca, la comunidad autónoma vasca tendrá que administrar toda la cultura, pero si la cultura escrita creada en Euskadi hasta este momento es, por una parte, mayoritariamente cultura castellana en cuanto es creada mayoritariamente en castellano, y por otra, minoritaria desde esa opinión, cultura vasca ¿cuál va a tomar en consideración la comunidad autónoma?

Parece que el problema de la cultura y las autonomías, cuando es al mismo tiempo el problema de las culturas autónomas, necesita un examen previo de la entidad de éstas; y si bien en el caso de Cataluña ha sido generalmente reconocida, o, con más precisión, formalmente reconocida en general, en los casos de Euskadi y Galicia se las ha venido considerando como un apéndice, en ocasiones incluso pintoresco, de la llamada sin más precisiones «cultura española». En Euskadi, el euskara es la lengua de los vascos. Literal y étnicamente esto me parece indiscutible. Como el alemán es la lengua de los alemanes, de los hablantes en alemán; incluso de los alemanes que pertenecen a Suiza. Otro problema, que ya he citado, es que el alemán, el francés, el italiano y algún otro sean hoy las lenguas de los suizos. Lo que traslada el problema cultural a un problema político que toco sólo de pasada, aunque sea determinante. ¿El castellano, el vasco, el catalán, el gallego... son las lenguas de los españoles? Esto lleva a otras consideraciones, históricas, como la creación de los estados, políticas, como la decisión de cada pueblo de autogobernarse o no. Lo que sigue siendo válido es que, lingüísticamente, el vasco es la lengua de los vascos como lingüísticamente el alemán es la lengua de los alemanes.

Pero si eso es así, también es cierto que el castellano es la lengua que se habla mayoritariamente en Euskadi. Lo que signi-

fica a su vez que la cultura escrita lo es mayoritariamente en castellano. ¿No es cultura vasca al no ser cultura en vasco? Aquí los pronunciamientos son variados. Se puede seguir la pista, por lo menos, a: no es cultura vasca, en ningún caso, al estar escrita en lengua no vasca, porque políticamente se podrá llegar a decir que el castellano y el vasco son «lenguas españolas», pero no se puede decir que el castellano es una lengua vasca; sí es cultura vasca, aun escrita en castellano, si respode a supuestos culturales vascos; sí, si sirve al desarrollo histórico, de encuentro y desenvolvimiento de su personalidad, en esta etapa concreta; o, finalmente, sí lo es, siempre, desde el momento en que está escrita por un ciudadano vasco.

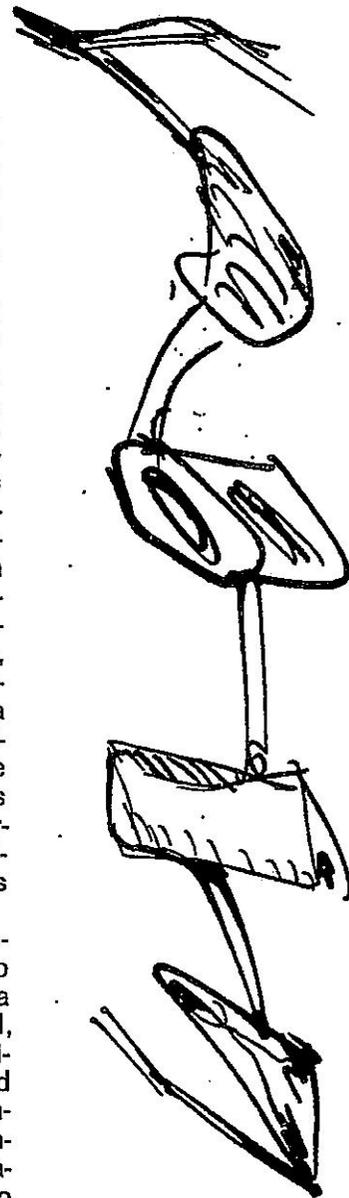
Una primera aproximación a conclusiones es que, de hecho, si la actual situación lingüística se admite tal y como es, porque es real, se liquida el euskara, ya que al ser minoritario se utiliza en la creación cultural minoritariamente y se privilegia, más aún, la lengua mayoritariamente hablada. Condena inapelable del euskara. Pero, por otra parte, si se olvida la realidad, las ofertas culturales inmediatas y drásticas de considerar cultura vasca únicamente a la escrita en euskara, ni siquiera son verosímiles.

La administración de la cultura autónoma pasa, más allá de la voluntad de sus creadores y como primera advertencia de la realidad, por el desarrollo de la lengua nacional. Por un desarrollo interior, puesto que ha sido oficial y prolongadamente relegada a la comunicación coloquial y a ínfimos estratos de la comunicación cultural, refiriéndome ya a cultura en su completa acepción de arte y técnica; y a su desarrollo exterior, a que el mayor número de ciudadanos se inicie en su uso o amplíe su utilización con el ejercicio cotidiano de la lengua. ¿Esto es posible, en

Euskadi, en Galicia, hoy, ahora, en un mundo de simplificación en las relaciones y de jergas técnicas y en esta sociedad de la utilidad como norma? Aunque a mí sí me lo parece, a partir de una racionalización de la enseñanza primaria sobre todo, la respuesta pertenece a los especialistas en el lenguaje y la enseñanza; lo que sí es un tema para los aficionados a la cultura es que ese es su único camino.

Pero no sólo el único camino para la cultura escrita. Lo es también para la cultura como conjunto de códigos, escritos o no, pero originalmente dependientes de la lengua, que sirven para interpretar nuestra realidad e interpretarnos en ella. Códigos que han dejado unas formas culturales, no sé si puras o no, supongo que no, peculiares y distintivas. La grandeza de los pueblos son sus diferencias; su miseria, servirse de ellas para ofender las de los demás. Pero sobre lo recibido se va elevando todo un monumento cultural, no menos importante por más reciente, acorde con nuevas formas de vida, que condiciona incluso la manera de servirse de esa lengua específica en la que se expresó originalmente ese pueblo. Y esos cambios, que no alteran la personalidad de un pueblo más que en cierta medida, sí inciden en sus formas culturales y suponen otro problema crucial, con el de la lengua, para algunas de las comunidades autónomas.

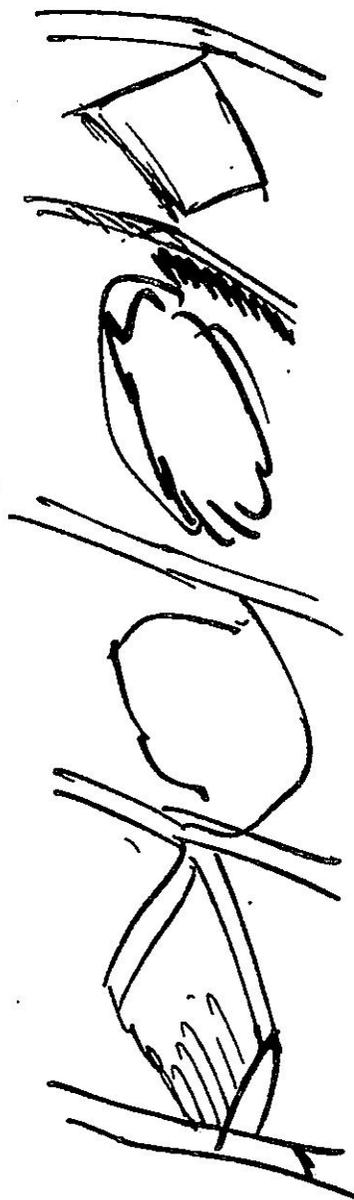
Las artes, las técnicas, las instituciones propias, mejor o peor conservado todo ello, se enfrentan en concreto en Euskadi a la oposición, no siempre explícita pero real, entre cultura rural y cultura urbana. La división no es arbitraria. En Euskadi, la realidad cotidiana, mayoritaria en su desarrollo, es industrial, pero la nostalgia nacional es campesina. La representación política que se califica a sí misma de más nacional, e incluso



de la única nacional en ocasiones, defiende la industrialización como modelo de una sociedad avanzada, de un Euskadi del siglo XX, pero inserta la cultura —danza, música, representaciones teatrales, artes plásticas— en un permanente legendario con el que envuelve aún más que con los humos de sus chimeneas el crecimiento de las fábricas; una cultura rural, añorante y detenida. En Euskadi se ha considerado siempre la cultura urbana más española —en la contraposición clásica— o en todo caso menos vasca, que la cultura rural. Con lo que se vuelve a plantear un parecido dilema. La raíz vasca es campesina y marinera, además de religiosa, pero su realidad dominante es industrial y urbana, además de civil. Y, nuevamente, no se puede olvidar la raíz rural de gran parte de la cultura vasca, pero es irreal prescindir del hecho de que la cultura urbana incuba hoy el mayor porcentaje de creación.

La diferencia entre ambos debates es que si en el caso de la lengua la solución pasa necesariamente por la reuskaldunización, nadie piensa en volver a ruralizar la sociedad vasca. No entro ahora en la discusión sobre las ventajas de una política «verde», vuelta al campo, o sus inconvenientes y, sobre todo, su posibilidad, porque es tema distinto. Digo ahora que en esta sociedad, el supuesto no es imaginable. Menos aún cuando las fuerzas públicas encargadas de administrar la cultura autónoma potencian al mismo tiempo que la cultura rural la sociedad industrial. Quizá debido a que la cultura rural no desasosiega.

Con estos pocos datos, el futuro inmediato de la cultura autónoma en Euskadi puede dibujarse atravesado por varias preocupaciones fundamentales y de distinta significación, como: necesidad de extensión y profundización del euskara; aclaración de lo



que se entiende por cultura vasca, sobre todo en el campo de la cultura escrita, pero no sólo en él, y aceptación o rechazo de lo que se considere cultura extraña; intentos de imponer una cultura popular entendida más como exaltación de lo trivial que como esfuerzo de conocimiento; intentos de ruralización de una cultura mayoritariamente producida y consumida por una sociedad industrial, quizá como oferta de escapada de la realidad. Planteamiento este último que puede buscar la irrealidad, pero no lo fantástico. Quiero decir, que si no se pega a lo cotidiano no es para imaginar, sino para recuperar un estricto realismo inexistente, con el temible resultado del empobrecimiento de una cultura sin conflictos, nostálgica de una sociedad apacible hacia la que es seguro que no vamos y que incluso es improbable que alguna vez existiera.

Toda cultura necesita esfuerzo, y, si hay que crear formas culturales propias, tras años de dificultades y silencios, el esfuerzo es mayor aún. Y, sin embargo, una de las tentaciones de las culturas autónomas en general va a ser la de sustituir los conflictos por la adhesión, transformar cualquier error en triunfo y confundir balbuceos con discurso, cuando espera toda la tarea, inmensa y dura, de recuperar y recuperarse.